

LA CRISIS DE LAS IDEOLOGÍAS

1. SOCIALDEMOCRACIA



LA CRISIS DE LAS IDEOLOGIAS

Sion Gelabert
Fundació Gadeso

Una vez superada la etapa del materialismo, la cual definía, a grandes rasgos, la dicotomía clásica entre la izquierda (proletariado) y la derecha (burguesía), nos adentramos en el terreno del postmaterialismo. Definido, éste, como el cambio cultural identificado por el politólogo y sociólogo norteamericano Ronald Inglehart y que es el resultado del aumento de la seguridad económica y el crecimiento económico. Es decir, todas aquellas ideologías cuyo trasfondo va más allá de la mera lucha por la subsistencia y los derechos de las clases trabajadoras.

La mejora de la seguridad económica, a través de la cual las clases trabajadoras ven aumentada su calidad de vida y asegurada su subsistencia, desemboca en la aparición de nuevas ideologías que superan la lucha de clases, la cual, históricamente había definido la confrontación clásica entre los partidos de masas¹ (comunistas y socialdemocracia) y los partidos de cuadros (liberales y conservadores).

Los partidos de izquierda, tras la Segunda Guerra Mundial, renunciaban a la idea revolucionaria marxista para abrazar la democracia y dando lugar a la aparición de la socialdemocracia, sin que ello supusiera la renuncia a sus reivindicaciones históricas, adaptándolas, eso sí, a los nuevos tiempos y a una clase obrera agotada por la guerra y poco dada a protagonizar nuevos episodios de corte revolucionario. Se trataba de alcanzar el poder a través de las urnas y una vez asumido éste, iniciar toda una serie de reformas, más o menos profundas en las relaciones económicas en el seno de la sociedad y de ésta con el propio Estado. Nacía así el llamado Estado del Bienestar. Los gobiernos no se limitaban a mantener la seguridad, la integridad del territorio y la defensa de la propiedad privada y de los medios de producción si no que focalizaba su atención en la mejora de las condiciones de vida de las clases populares, promover la justicia social y erradicar la desigualdad, generando, a su vez, todos los mecanismos para ello. Educación universal, acceso gratuito a la sanidad, derechos laborales, salario mínimo, protección social frente al desempleo, etc., todo ello en el marco de una economía capitalista.

La proliferación de este tipo de partidos especialmente en el centro y el norte de Europa y sus éxitos electorales, permitieron a las clases populares de estos países dejar atrás sus penurias económicas, lo que contribuyó, inevitablemente, a la consolidación de las denominadas clases medias y a la aparición de toda una serie de nuevas demandas sociales que desembocaron en la aparición de las ideologías

¹ Históricamente los partidos de izquierda han sido considerados de masas, no tan sólo por ser partidos que presentan un elevado grado de afiliación, algunas veces casi forzosa, si no que su razón de ser es la defensa de la masa proletaria, mucho mayor en número que su antagonista, la burguesía,

postmaterialistas. El pacifismo, el ecologismo, el feminismo, el animalismo, entre otros, empezaron a entrar con fuerza en la escena política, incluso creando partidos políticos como es el caso de los verdes. Por su parte los partidos clásicos, despojados en gran medida de su razón de ser, especialmente los de la izquierda, y en aras de asegurar su supervivencia, comenzaron a incluir, en algunos casos a regañadientes, estos nuevos paradigmas en sus programas electorales y en sus agendas de gobierno a la vez que se reducía drásticamente su número de afiliados.

Las ideologías postmaterialistas no se circunscriben a una determinada clase social, son ideologías de corte transversal, si bien éstas pueden calar en mayor o menor medida en un determinado segmento social más que en los demás. Así los partidos y las ideologías clásicas se han visto obligados a reinventarse y a reinventar sus discursos para adaptarlos a estas nuevas realidades.

Hoy en día no resulta extraño que partidos antaño antagonistas defiendan, ahora, postulados muy semejantes en determinados temas. Se trata de hacer llegar el mensaje al electorado, sea del segmento social que sea, pero muy especialmente a las clases medias, las cuales constituyen el verdadero motor del cambio de valores iniciado a mediados del siglo pasado. Se puede afirmar que el discurso mismo de los partidos se ha transversalizado, convirtiendo a éstos en “*metapartidos*” o como fueron definidos en su día por el politólogo alemán Otto Kirchheimer, “*partidos atrapados*”², caracterizándose por los siguientes aspectos:

1. Una drástica reducción del bagaje ideológico;
2. Un menor énfasis en una determinada clase social para reclutar electores entre toda la población;
3. Asegurar el acceso a diversos grupos de interés.

Del mismo modo, la principal característica de estos partidos, según Kirchheimer, es la de concentrar sus energías en la competición electoral a través de la elección de temas con los que buscan un amplio consenso con la población general (como puede ser el ecologismo un tema utilizado desde diversas perspectivas por las principales fuerzas políticas que aspiran al gobierno).

Con todo ello, las ideologías clásicas, sobretudo las de la izquierda, han entrado en crisis, debido a la superación de sus postulados y a la transformación de la sociedad, desde la dicotomía clásica proletariado-burguesía a otra sociedad más plural y más segmentada socialmente que dista mucho de los valores clásicos (lucha de clases) y que ha orientado su punto de mira a otro tipo de cuestiones que afectan a la sociedad en su conjunto más que a un determinado segmento o clase social.

² En inglés catch-all party o big tent.

Con este número de Dossiers Gadeso, el 860, iniciamos una serie de monográficos con los que pretendemos arrojar luz sobre el cambio ideológico que se está produciendo en las sociedades democráticas.

En este número, concretamente, centraremos nuestra atención en la ideología democrática de masas por antonomasia, la socialdemocracia. La cual, con más o menos ambages sigue resistiéndose a sucumbir superada por las nuevas formas de pensamiento político tan de moda en nuestros días.

1. SOCIALDEMOCRACIA

ÍNDICE

EL SOCIALISMO DE ESTE SIGLO	5
ES URGENTE UNA NUEVA AGENDA DE IZQUIERDAS	11
PORTUGAL, ¿UNA SOCIALDEMOCRACIA CON FUTURO?	15

EL SOCIALISMO DE ESTE SIGLO

Bruno Estrada. Economista
Eddy Sánchez. Politólogo
Ana Barba

El verdadero poder consiste en lograr que no se hable de lo que no interesa a quienes lo detentan. Hace nueve años estalló la mayor crisis financiera, económica y social de los últimos ochenta años, ocasionada por una creciente desregulación de los mercados financieros a escala global y por la creciente concentración de capital vivida en las últimas décadas en muy pocas manos, como nos muestra Piketty, una crisis que por su magnitud solo es comparable con el Crac de 1929 y, sin embargo, la palabra socialismo está ausente del debate político. Curioso.

Desde tiempos inmemoriales se han producido movimientos de protesta contra los privilegiados. Los bagaudas eran tropas de campesinos sin tierra que lucharon contra los latifundistas patricios y las legiones que los protegían en las postrimerías del Bajo Imperio romano. La rebelión armada de más de trescientos mil campesinos alemanes que se inició en 1525, la movilización social más importante de Europa antes de la Revolución Francesa, ponía en cuestión la gran concentración de tierras y riqueza de la que gozaban los príncipes de la Iglesia católica. Thomas Müntzer, uno de sus principales líderes, incluso pregonaba que todos los cristianos debían tener las mismas propiedades y que, por tanto, se debía abolir la propiedad privada y repartir todos los bienes de la Iglesia entre los integrantes de la comunidad cristiana.

Pero el concepto político del socialismo no surgió hasta el desarrollo del capitalismo en las sociedades europeas, bastante avanzado ya el siglo XIX, tras las profundas transformaciones que experimentaron esos países. En menos de un siglo atrasadas sociedades agrarias se convirtieron en modernas sociedades industriales con un alto grado de urbanización, con una gran concentración de trabajadores en inmensas fábricas y en las que el capital sustituyó a la religión como principal herramienta de cooperación social.

Pero el capital, a diferencia de la religión, no crea sentimiento de pertenencia a una comunidad, ya que los valores predominantes en una sociedad basada en la libertad de creación y acumulación de capital son esencialmente insolidarios y egoístas. A partir del siglo XVIII los nuevos grupos sociales emergentes, la burguesía industrial y financiera, necesitaron un cambio de paradigma moral que definiera lo que estaba bien y mal en las nuevas sociedades capitalistas. Se trataba de dotar de una superioridad moral al individualismo egoísta que fomentaba el incipiente capitalismo industrial inglés, imprescindible para lograr hegemonía cultural. No hay que olvidar que los pobres eran abandonados a su suerte en las grandes ciudades industriales inglesas. El capitalismo industrial inglés no solo tenía que “vencer” comercial y/o militarmente al resto del planeta, también tenía que “convencer”. El individualismo

insolidario debía ser moralmente superior al comunitarismo sumiso que imponía la religión, por eso el “darwinismo social” de Spencer impregnó la ideología de las clases dirigentes capitalistas en el siglo XIX.

El socialismo surge, antes que como una ideología, como un grito desesperado de quienes eran explotados con salarios de miseria en trabajos rutinarios, mecánicos y alienantes. Bertolt Brecht contaba que, en los años veinte, en las reuniones de los intelectuales alemanes comprometidos con la Revolución con los obreros se suscitaba a menudo una pregunta: ¿Qué es el socialismo? No como un sistema definido por conceptos más o menos abstractos, sino como algo concreto, comprensible para los obreros analfabetos, embrutecidos por un trabajo duro y repetitivo. En una de esas reuniones nocturnas, robando unas horas al descanso imprescindible para recuperar fuerzas después de un agotador día de trabajo, un corpulento minero con su cara tiznada por los restos del carbón respondió: “Socialismo son patatas”. Durante gran parte del siglo XIX, el socialismo, en una sociedad capitalista que era tremendamente depredadora para la inmensa mayoría de los trabajadores, significaba en primer lugar lograr un sistema económico que garantizara condiciones de materiales de vida dignas y que pusiera freno a la explotación.

Hay que esperar hasta el siglo XIX para que emerja una elaboración ideológica, de la mano de intelectuales burgueses como Carlos Marx y Friedrich Engels, capaz de ofrecer no solo una crítica global a las desigualdades sino también la formulación de valores sobre los que debiera erigirse una sociedad, que superara los valores de supervivencia propios de Sociedades de la Necesidad. El socialismo, desde sus orígenes, está profundamente imbricado con la democracia, ya que es un instrumento de cooperación social horizontal, en el que todos pueden participar en la determinación de los fines por los que se coopera, a diferencia de la religión y el capital. El sufragio universal era para Bernstein el gran arma del proletariado, donde este se implantaba los trabajadores lograban grandes avances sociales.

Hay que recordar que a principios del siglo XX, en la mayor parte de los países europeos la democracia tan sólo podían ejercerla quienes tenían un cierto patrimonio, la llamada democracia censitaria. La lucha por el sufragio universal formó parte de las reivindicaciones y luchas obreras casi desde sus inicios. Ya en 1836 la Asociación de Trabajadores de Inglaterra elaboró la Carta del Pueblo en la que exigía el voto universal y secreto. La extensión de la democracia para todos los ciudadanos suponía que las organizaciones obreras no solo defendían los intereses materiales de un grupo social explotado, sino también unos valores de libertad e igualdad social que implicaban al conjunto de la sociedad. Ensanchando la base de la democracia, construyendo comunidad entre trabajadores, es como ganaron hegemonía cultural las ideas socialistas.

Las luchas que se englobaron bajo el paraguas ideológico del socialismo tenían la idea de construir sociedades más justas y libres, por eso

plantearon actuaciones en tres ámbitos: en el económico, buscando la mejora del bienestar material de los trabajadores; en el político, impulsando la democratización de la sociedad para que cada trabajador-ciudadano fuera libre para decidir sobre su futuro; y en el cultural creando, gracias al concepto de clase, la percepción emocional de que los excluidos pertenecían a una comunidad.

En Rusia, tras la Revolución de 1917, se produjo una alteración sustancial de los principales valores que conformaban el socialismo. A la igualdad se la consideró preeminente sobre la libertad, como un fin en sí mismo, no como un medio para conseguir “mas libertad para más personas”, en términos de Stuart Mill. Lenin, en 1920 durante el VIII Congreso de los Soviets, apenas transcurridos tres años desde el inicio de Revolución Rusa lanzó un epigrama, una consigna, lo que hoy sería un mensaje de Twitter, que intentaba sintetizar para las masas de obreros y campesinos iletrados qué era el socialismo: “el poder de los soviets más la electrificación”. La electrificación a principios del siglo XX representaba la modernización, los avances técnicos logrados por el capitalismo, que distribuidos a través de un sistema dirigido por los soviets, permitiría garantizar condiciones de vida dignas para todos. Las “patatas” demandadas por el minero alemán.

Sin embargo, los soviets, los organismos democráticos de los que se dotaron los trabajadores rusos para hacer oír su voz en las fábricas y en la política, fueron esclerotizados poco a poco por los bolcheviques. Quienes entendieron el socialismo como la estatalización de la mayor parte del aparato productivo intentaron competir con el capitalismo en su capacidad de proveer bienes materiales, pero esa carrera la ganó el capitalismo y finalmente significó el fin de la Unión Soviética. La estatalización del aparato productivo se acompañó de un proceso de restricción de las libertades y de la participación política que estaba en contra de las bases mismas que habían dado lugar al concepto político del socialismo. Los regímenes del autodenominado “socialismo real” terminaron ofreciendo pocas patatas, a la vez que secuestraban la democracia y la libertad. Mal negocio.

Alguien tan poco sospechoso de ser socialista, como Joseph Schumpeter, intuyó que la verdadera amenaza del capitalismo eran los cambios sociológicos que se iban a producir en las Sociedades de la Abundancia creadas por el propio capitalismo. En su libro “Capitalismo, Socialismo y Democracia”, escrito en 1941, ya dijo que son los éxitos del capitalismo los que le condenan. Percibió que las democracias liberales de principios del siglo XX, por presión de los partidos y los sindicatos, estaban mutando hacia estructuras sociales más inclusivas, desarrollando la democracia industrial y sólidas instituciones públicas con capacidad regulatoria sobre la actividad económica.

Hoy se puede comprobar cuánta razón tenía. Los países del planeta más ricos, inclusivos y democráticos, los países nórdicos, son aquellos que han sido capaces de crear grandes cantidades de capital y de distribuirlo

con relativa equidad entre toda su población gracias a la profundización de la democracia. Es decir, en estas inclusivas Sociedades de la Abundancia se ha producido una cierta agonía del homo economicus que ya predijo Schumpeter y se observa un crecimiento de valores altruistas, de libertad, postmateriales, laicos y solidarios, según nos indica la World Value Survey, una hegemonía cultural del “universo de los valores socialistas”. Ello ha sido posible porque una gran mayoría de la población de esos países tiene sus necesidades materiales básicas cubiertas, garantizadas por un marco de relaciones laborales que protege los derechos de los trabajadores y por un Estado del Bienestar que les provee de vivienda, educación y sanidad.

De forma paralela se ha producido una fuerte penetración de la ideología neoliberal entre las élites económicas y políticas, incluidas las vinculadas a los partidos socialdemócratas. Con la Tercera Vía la mayor parte de sus líderes participaron de esa hegemonía cultural neoliberal, adoptando una posición de sumisión al marco político, económico y social definido por los intereses de la oligarquía financiera: la globalización financiera y comercial.

A finales de los años noventa y principios del S. XXI se produjo una situación paradójica. La tecnoestructura política de la socialdemocracia compró la agenda política neoliberal, y en ese sentido la hegemonía cultural cambió de manos. Por primera vez la vieja socialdemocracia se situó por detrás del cambio social, en muchas ocasiones incluso frenándolo. Por ello, sus partidos, cómplices activos de las políticas neoliberales, pierden el apoyo de su base electoral en muchos países europeos, en Alemania, en Francia, en España, en Grecia, en Austria.

Lo que ignoraron los líderes de la Tercera Vía es que una elevada desigualdad social no es solo una consecuencia no deseada del actual sistema económico dominante, sino parte consustancial de él. De ahí que el concepto de igualdad de oportunidades resulte vacío en términos políticos. La desigualdad es funcional para las élites del capitalismo, tal como expresaba Mandeville, ya que permite que los valores de supervivencia, predominantemente egoístas y de escasa sociabilidad, tengan un importante peso en las sociedades ricas.

En las Sociedades de la Abundancia, en las que se enquistaba una elevada desigualdad durante un largo periodo de tiempo, se termina erosionando la propia democracia, y eso lo aprovechan algunos grandes latifundistas de capital para privatizar la política, como ha ocurrido con Trump en EEUU, en la Italia de Berlusconi, o en la España del Partido Popular y su financiación corrupta.

El concepto político de socialismo ha ido cambiando en función de las transformaciones sociales que se han venido produciendo, por eso el gran reto del socialismo en este siglo es su capacidad de representar, en términos de intereses pero también en términos emocionales, de valores, a un universo de trabajadores mucho más amplio: a un creciente volumen

de jóvenes trabajadores de actividades de servicios, de alta y baja cualificación, con escasa capacidad de negociación de sus condiciones individuales y colectivas de trabajo, a caballo entre una creciente explotación laboral y unas relaciones contractuales que suponen una mercantilización de las relaciones laborales (economía colaborativa, externalización productiva, trabajadores autónomos); representar a una menguante clase obrera industrial pero en la que un gran número de trabajadores aun conserva una notable capacidad de negociación colectiva, gracias a la actuación de los sindicatos; a un número creciente de trabajadores de alta cualificación, formados gracias a un sólido sistema de educación pública, con un elevado poder de negociación individual o colectivo de sus condiciones de trabajo, lo que en términos de consumo les ha permitido ser considerados como clase media. Este es el grupo social en el cual es más patente la agonía del “homo economicus”.

En la actualidad la vieja socialdemocracia esta en una terrible encrucijada: apenas encarna al primer grupo social; representa porciones cada vez menores de una decreciente clase obrera en competencia no solo con movimientos políticos más a la izquierda, sino también más a la derecha (fenómeno Berlusconi, Le Pen o Trump); y el fracasado experimento de la Tercera Vía le ha desconectado del profundo cambio de valores que ha experimentado el tercer grupo social. En los países desarrollados hemos asistido al aumento de los trabajadores pobres, en mayor medida tras la Gran Recesión de 2007, y de forma paralela a la creciente utilización demagógica por parte de la derecha política populista de sentimientos comunitarios arcaicos y excluyentes, la pertenencia a una religión, raza o nación. Asimismo, en la medida que las trabajadoras y trabajadores se han hecho más diversos, resulta evidente que el concepto marxista de clase es incapaz de ofrecer una identidad colectiva muy amplia, con capacidad de construir hegemonía.

El socialismo del siglo XXI debe seguir siendo capaz de ofrecer una mejora del bienestar material, “patatas”, para los dos primeros grupos sociales, por eso no debe despreocuparse por el crecimiento económico y por lograr un reparto más igualitario de la riqueza generada. Pero debe ofrecer bastante más. El socialismo debe identificarse como una organización social en la que todos los ciudadanos puedan disfrutar de altos grados libertad en todos los campos de la vida personal y social, no solo los más ricos ni los que han accedido a una mayor cualificación y formación. Por eso las fuerzas que se reclamen socialistas deben avanzar en la democratización de la economía, el lugar donde se quedó varada la vieja socialdemocracia a finales del siglo XX.

Un socialismo de este siglo debe integrar, como elementos complementarios, al Estado y al mercado. Lo más relevante para generar sociedades más igualitarias y más libres no es la forma de distribuir los bienes y servicios producidos, sino la propiedad de las empresas. Socialismo debe ser sinónimo de una democratización de la economía que debe entrar en la empresa, creando sólidos espacios de capital

“colectivo”, como planteó la ley de cogestión alemana de 1976, los Fondos Colectivos de Inversión de los Trabajadores que se instauraron en Suecia en 1984, el Fondo de Solidaridad creado por la Federación de Trabajadores de Quebec en 1983, o el fondo del petróleo de Noruega de los años noventa.

A lo largo de su historia la democracia ha sido el mejor instrumento que ha encontrado el ser humano para aunar colectivamente los vectores de libertad, conocimiento y cooperación, que son los que modernizan las sociedades, no solo tecnológicamente sino también en términos de valores morales. La ampliación de la base de la democracia exige democratizar la globalización, profundizar en la democratización de los Estados-nación, democratizar las empresas y, cómo no, democratizar el futuro, esto es, tener en consideración que nuestros actos de hoy van a condicionar la vida de cientos de millones de personas mañana, por ejemplo en relación al cambio climático.

Las recientes elecciones de EEUU han puesto en evidencia que el centro del conflicto económico, político y social sigue situado entre dos polos: la democratización de la economía o la privatización de la política. Es evidente que la democratización de la economía tiene una gran potencialidad redistribuidora, pero el reto del socialismo de este siglo también debe ser el reconstruir para millones de trabajadores una percepción emocional colectiva vinculada a la ciudadanía democrática: “pertenecen a una misma comunidad todos los individuos que libremente participan en la toma de decisiones sobre su futuro colectivo”. La democracia es el instrumento de transformación colectiva mediante el cual las trabajadoras y trabajadores deben reconquistar la hegemonía cultural perdida frente a los latifundistas de capital.

ES URGENTE UNA NUEVA AGENDA DE IZQUIERDAS

La clave será ofrecer una sociedad futura basada en los valores clásicos de la Ilustración y una base ecológica, un sistema de distribución en el que se respeten los valores ecológicos, la igualdad y la libertad.

Guy Standing. El País 30-06-2019

Las tres últimas décadas han constituido la fase inicial de la transformación global, la dolorosa construcción de una economía de mercado globalizada, y han estado dominadas por las finanzas y las multinacionales estadounidenses. Sus defensores decían que querían un sistema de *libre mercado*, pero, en realidad, reforzaron las normas en beneficio del sector financiero y manipularon el sistema con *derechos de propiedad intelectual*. Los Gobiernos, encabezados por el de EE UU, concedieron inmensos subsidios a sus empresas y recortaron los impuestos sobre el capital, lo que derivó en la economía de mercado menos libre de la historia.

La crisis financiera de 2007-2008 se achacó a la deuda pública, pero fue el espantoso aumento de la deuda privada lo que la convirtió en una amenaza mundial. El periodo de austeridad resultante ha empeorado el nivel de vida de millones de personas, como bien saben los españoles.

Ahora nos encontramos en el momento más peligroso. Lo que más debería preocuparnos es el paralelismo con las décadas de 1920 y 1930. En los años anteriores, el dominio del sector financiero norteamericano había traspasado el poder económico de Europa a Estados Unidos, que había robado secretos industriales de Europa mientras el Reino Unido, Alemania, Francia y otros iniciaban el declive. Las consecuencias fueron el fascismo, el antisemitismo, el nacionalismo y la xenofobia. Aun así, EE UU también sufrió la Gran Depresión. En 1935, Sinclair Lewis escribió la novela *Eso no puede pasar aquí*. En ella, un hombre rico decide disputar la presidencia a Roosevelt con mentiras y promesas de recuperar el pasado, con discursos que recuerdan a Trump. Gana las elecciones y empieza a perseguir a los medios de comunicación y a los progresistas mientras construye un Estado fascista.

La diferencia con los años treinta es que los europeos están cada vez más al margen y EE UU trata de detener su propio declive con ataques al nuevo centro de la economía mundial, China. Trump acusa a China de robar propiedad intelectual y mantener prácticas comerciales desleales, y los europeos, ahora, somos las víctimas principales de la guerra comercial. Necesitamos los componentes de fabricación china y las inversiones chinas. Las medidas de EE UU afectan a nuestra producción y empleo.

Si la guerra comercial se extiende, surgirá una nueva época de tensión mundial y estancamiento económico, con el agravante de que nuestra prioridad debería ser la crisis medioambiental. Con Trump, EE UU se ha

retirado del Acuerdo de París, y vamos a ver más subsidios a las industrias basadas en combustibles fósiles y más pérdida de bienes comunes, tal como explico en mi nuevo libro *Plunder of the Commons*. El colapso del sistema de distribución de rentas agudiza las desigualdades y refuerza la estructura mundial de clases

Nuestro contraataque debe tener en cuenta dos tendencias. En primer lugar, el sistema de distribución de rentas del siglo XX se ha roto de forma irremediable. Antes, la parte de las rentas correspondiente al capital y la parte correspondiente a la mano de obra solían ser más o menos constantes. Ya no. La parte del capital ha aumentado, y la parte de los dueños de propiedades físicas, financieras e intelectuales ha aumentado todavía más deprisa. Por el contrario, los salarios se han estancado o han descendido en términos reales, especialmente entre el precariado. Para poder recortar impuestos, sobre todo a los ricos y el capital, las prestaciones y los servicios del Estado se han reducido o son más difíciles de obtener. Los empresarios han disminuido las prestaciones para gran parte de sus empleados. Y también se ha reducido el acceso a los servicios sociales, tan necesarios para los grupos de rentas bajas.

El colapso del sistema de distribución de rentas agudiza las desigualdades y refleja y refuerza la nueva estructura mundial de clases. Es fundamental entender esto para construir una nueva política progresista, capaz de combatir el populismo de derechas a ambos lados del Atlántico.

En la cima está una plutocracia de multimillonarios que amasan vastas fortunas y un inmenso poder político, algunos entre bastidores y otros abiertamente, como Trump. Son los rentistas por antonomasia, que a menudo ganan más de sus presuntas inversiones en un día que la mayoría de la gente en toda su vida. Ellos marcan la pauta, impulsan los recortes fiscales para los ricos y utilizan sus medios de comunicación para demonizar a sus rivales. Luego está una élite al servicio de los intereses de la plutocracia, que también recibe la mayor parte de sus millones de las rentas. Debajo de ellos está el asalariado, con seguridad laboral, buenos sueldos y buenas prestaciones, que también ingresa cada vez más dinero de sus rentas y beneficios y se beneficia si los salarios bajan, por lo que no suele apoyar ningún aumento de las prestaciones para los *pobres*.

Junto al asalariado está un grupo más pequeño, pero creciente, los que yo denomino profitécnicos, que no buscan seguridad laboral, pero ganan mucho dinero en consultorías y proyectos. Los llaman emprendedores y los utilizan como prueba de que este es un sistema meritocrático.

Debajo está el proletariado, lo que queda de la vieja clase obrera, para la que se crearon los Estados de bienestar, la negociación colectiva y los partidos socialdemócratas. Tiende a escuchar a los populistas que

prometen recuperar el ayer y, en muchos casos, está cayendo en la nueva clase de masas, el precariado.

El precariado definirá la política en la próxima década. Sus miembros viven con empleos inestables, sin trayectoria profesional, haciendo trabajos indignos de tal nombre, con una educación por encima del empleo posible, salarios bajos y volátiles, deudas casi insostenibles, conscientes de estar perdiendo los derechos de ciudadanía. Se consideran suplicantes que piden favores y respiros al Estado. Suelen sentirse anómicos (por desesperación), alienados (hacen cosas que no quieren y no hacen las que querrían), angustiados e indignados. Como cualquier clase nueva, el precariado está dividido, entre los que denomino atavistas (aferrados a un teórico pasado), nostálgicos (sobre todo inmigrantes, sin un presente y psicológicamente sin hogar) y progresistas (sin un futuro, pese a la promesa de que lo tendrían yendo a la universidad).

La derecha populista tiende la mano a los atavistas, que votan por Trump, el Brexit, Salvini y Marine Le Pen. Demoniza a los nostálgicos, a los que culpa, junto con el *sistema*, de la situación. Los nostálgicos, por su parte, ven arrebatados sus derechos. Y los progresistas aguardan una nueva *política del paraíso* que no encuentran en los viejos partidos socialdemócratas. Por eso, cuando estos ganan alguna elección, es gracias a asumir principios populistas como el recorte de la inmigración. Y, aun así, obtienen muchos menos votos que en el pasado. Normalmente, solo ganan debido a la corrupción y el agotamiento de la derecha, como en España. Los viejos socialdemócratas no tienen ninguna visión, aparte del regreso a algún pasado. Y eso no atrae el afecto de la gente.

Lo malo es que los atavistas son numerosos y se movilizan para votar. Lo bueno es que, casi seguro, han alcanzado su máxima dimensión y están envejeciendo. En cambio, los otros dos grupos del precariado están creciendo y está empezando a forjarse una agenda política progresista, en parte por la inercia de los partidos socialdemócratas.

Debemos ser conscientes de que la vieja política de izquierdas no va a funcionar. Se necesita una nueva agenda, seguramente con nuevos partidos y movimientos. Habrá intentos fallidos como parecen ser el Movimiento Cinco Estrellas en Italia y Podemos en España, desgarrados por contradicciones internas y conflictos personales. Pero la nueva agenda está tomando forma. La clave será ofrecer una sociedad futura basada en los valores clásicos de la Ilustración y una base ecológica, un nuevo sistema de distribución en el que se respeten los valores ecológicos, la igualdad y la libertad. Por eso será fundamental que incluya el derecho a una renta básica. Es asequible, es socialmente justa y fomentará la libertad republicana. La izquierda debe dejar de rehuirla.

(*) Guy Standing es profesor titular e investigador en la Escuela de Estudios Orientales y Africanos de la Universidad de Londres

Traducción de María Luisa Rodríguez Tapia

PORTUGAL, ¿UNA SOCIALDEMOCRACIA CON FUTURO?

REBELION.Renato Miguel do Carmo / André Barata-01.07.2019

La izquierda portuguesa ha logrado establecer un acuerdo político por el cual se pudo conformar un gobierno socialista con apoyo del Partido Comunista y el Bloque de Izquierda. Se trata de una experiencia novedosa, centrada en el programa y no en el reparto de cargos (los aliados no forman parte del gobierno), que ha logrado revertir la crisis y las políticas de austeridad y poner en marcha un proyecto económico heterodoxo.

Génesis y balance de la experiencia gubernamental de la izquierda en Portugal

La actual experiencia de gobierno en Portugal, surgida tras las elecciones legislativas de octubre de 2015 y liderada por el primer ministro António Costa, fue el resultado del entendimiento entre tres fuerzas políticas de izquierda: el Partido Socialista (PS), el Partido Comunista Portugués (PCP) y el Bloque de Izquierda¹, que permitió la conformación de un gobierno minoritario liderado por los socialistas². El apoyo parlamentario al PS por parte de esos otros dos partidos situados en el espectro más radical de la izquierda se materializó a partir de un acuerdo inicial para la implementación de un conjunto de políticas sociales y económicas enfocadas en la restitución de los derechos y el poder adquisitivo de los portugueses. Se trataba de medidas dirigidas a revertir un largo periodo de austeridad durante el cual el país padeció los infortunios del programa de ajuste impuesto por la troika –integrada por la Comisión Europea, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Central Europeo (BCE)–, en el marco del cual buena parte de los portugueses sufrieron significativos recortes en sus salarios y pensiones y en el acceso a diferentes beneficios sociales.

Como quedó demostrado en estudios recientes³, fueron justamente los sectores más pobres y vulnerables los que más padecieron aquellas medidas de austeridad, principalmente a raíz de las modificaciones en los criterios para el acceso a las políticas y los programas sociales. Fue un periodo signado por un notorio incremento del desempleo y por la agudización de la desigualdad y los niveles de pobreza monetaria y privación material. En términos oficiales, la tasa de desempleo orilló el 17% en 2013, aunque algunos estudios revelan que ese año la cifra real pudo haber superado ampliamente el 25%⁴, lo que en el contexto de la historia portuguesa contemporánea resulta una cifra excepcional, con repercusiones e impacto directo en el incremento del flujo migratorio, que retornó a sus niveles de la década de 1960⁵. Pero hubo otras áreas en las que se verificó un marcado retroceso social: el mercado de trabajo, con la desregulación de las leyes laborales que provocaron un aumento general del empleo precario –lo que tuvo una incidencia particularmente notoria entre los jóvenes–, y los sistemas de salud, educación y previsión social,

afectados por una significativa reducción en la calidad de los servicios para estudiantes, jubilados y pacientes de hospitales públicos.

Ante esta tendencia de retroceso social, económico y demográfico, la configuración gubernamental bautizada con el nombre «jerigonza»⁶ se propuso lanzar un programa alternativo que básicamente implicara un freno decisivo a todas aquellas dinámicas regresivas. Esto llevó al nuevo gobierno a correr ciertos riesgos iniciales que luego iría superando, especialmente a raíz de la enorme presión externa por parte de las instituciones de la Unión Europea, que miraban con extrema desconfianza el nuevo escenario político portugués. Sin embargo, y en contra de lo que muchos vaticinaban, el ascenso de la izquierda al poder no solo no condujo al colapso nacional, sino que hizo que el país se acercara cada vez más a un panorama sustentable en el terreno económico y financiero, hasta acabar descartando definitivamente las hipótesis de un nuevo rescate o un retorno a las políticas de austeridad. La revista *The Economist* llamó a la experiencia portuguesa «un pequeño milagro en el Atlántico»⁷.

El programa de recomposición de los ingresos y valorización de las necesidades de la población, las empresas y las instituciones públicas representó un cambio decisivo respecto del modelo anterior. Sus frutos no se hicieron notar de inmediato, pero ya a dos años de la asunción del nuevo gobierno se percibían mejoras significativas. Pudo verificarse una progresiva recuperación del poder adquisitivo, la tasa de desempleo se ubicó por debajo de 10% (por primera vez en ocho años), el déficit público descendió a niveles que ni los más optimistas habrían imaginado (2% del PIB), el crecimiento anual superó el 2%, las exportaciones no menguaron. Solo la deuda externa mostró durante ese periodo inicial niveles insustentables. Hoy, pasados casi cuatro años desde el inicio del gobierno, la tendencia se acentuó marcadamente: el desempleo, según mediciones oficiales, ronda el 6,5%; el déficit se redujo a 0,5% del PIB en 2018 (y se prevé que en 2019 el país podría acercarse al déficit cero); en cuanto a la deuda externa, esta también inició un trayecto descendente, aunque el nivel de crecimiento económico estaría atenuándose ligeramente según la última previsión anual.

No se trata de un gobierno de coalición, sino de acuerdos programáticos específicos, sin que el Bloque de Izquierda ni el PCP ocupen cargos en el gobierno. Los acuerdos que establecieron las bases para la construcción de la actual mayoría gubernamental se dieron en el marco de un proceso efectivo de convergencia política que, en lo esencial, se implementó por la vía de la aprobación consecutiva de cuatro presupuestos nacionales, el último de ellos para el año actualmente en curso. Por otro lado, la sucesión de acuerdos a lo largo de este periodo revela algo que, pese a que hoy pueda parecer obvio, no fue en absoluto una constante en la historia de la democracia portuguesa: la verificación de que existen más puntos de encuentro que puntos de desencuentro entre los programas de los distintos partidos de izquierda. Y además se pudo ver algo aún más determinante: esos ejes de desencuentro pueden ser importantes y

necesarios, de manera de dejar en evidencia que sobre distintos asuntos existen alternativas muy diferentes, pero ninguno de ellos hace que sea imposible la convergencia. En definitiva, como lo demostraron los acuerdos iniciales del gobierno, la izquierda logró ser pragmática sin comprometer los principios ideológicos de cada uno de los partidos, y estos mantuvieron su autonomía político-identitaria plasmada en posicionamientos divergentes respecto de un amplio conjunto de temas propuestos y aprobados o rechazados durante el curso del gobierno. Tomó cuerpo así una suerte de geometría variable que otorgó autonomía de postura y de propuesta a los distintos partidos, pero que de cara a algunos temas neurálgicos (como la aprobación de los presupuestos nacionales anuales) adoptó una configuración sólida e invariable, como corolario de intensos procesos de negociación y defensa de políticas y objetivos comunes.

Habiendo superado una profunda crisis, y quedando aún por resolverse distintos aspectos relativos a la superación de las desigualdades y el logro de una mayor cohesión social, Portugal vive hoy una situación de estabilidad política y social que es verdaderamente singular dentro del contexto europeo, y que representa un posible modelo a seguir para distintos países de Europa y del mundo. Esta experiencia demuestra que el camino de la socialdemocracia no está cerrado; muy por el contrario, tiene por delante un futuro abierto a la posibilidad de que se tiendan nuevos puentes y alianzas políticas en torno de una agenda progresista. De cualquier modo, hay que decir que no todo salió bien en Portugal en estos últimos cuatro años.

Independientemente del éxito que manifiestan los distintos indicadores sociales y económicos (y que aun así traslucen cierto enfriamiento de la economía en los últimos meses), el gobierno no fue capaz de implementar políticas públicas que mejoraran significativamente la calidad de los servicios públicos. Respecto de esto, es notorio que el Servicio Nacional de Salud continúa actuando bajo una fuerte presión y muestra grandes problemas para responder debidamente y en forma equitativa, tanto en términos sociales como territoriales, a las múltiples necesidades y exigencias de la población. Lo mismo cabe decir de las medidas adoptadas para revertir la precariedad en los contratos de trabajo: pese a algunos programas de inserción y vinculación de los trabajadores (por ejemplo, en el sector de la administración pública), los resultados se quedaron bastante cortos frente a las expectativas inicialmente generadas. En rigor, la precariedad sigue aumentando y afecta a cada vez más trabajadores de distintas generaciones. Ambas áreas mencionadas (salud, trabajo) son determinantes para el logro de una cohesión social y la mejora en la calidad de vida de los portugueses, y como tal deben constituirse en pilares fundamentales para un futuro gobierno que pueda emerger del campo de la izquierda. El núcleo identitario de la socialdemocracia pasa necesariamente por esos dos ejes, y ninguno de ellos puede estar ausente en una agenda progresista que, en simultáneo, ha de avanzar en otras áreas de intervención política.

La transición hacia un segundo periodo parlamentario: un programa socialdemócrata más radical

En octubre de 2019 Portugal celebrará elecciones legislativas. Pese a que el resultado electoral es todo un enigma, existen buenas razones para creer y desear que los partidos de izquierda serán capaces de aunarse en una suerte de «jerigonza 2.0». De cualquier modo, los presupuestos que acaben guiando ese posible entendimiento renovado deberán extenderse mucho más allá de un programa de recuperación del poder adquisitivo y mejora en las prestaciones públicas. Visto así, si el primer ciclo político logró instalar políticas de redistribución de ingresos y superación de la austeridad, el segundo ciclo deberá incorporar una agenda emancipatoria de inversión social y económica atenta a las premisas de la sustentabilidad, a los problemas derivados del cambio climático y a la profundización, crucial en un contexto de crisis de las democracias, de la calidad misma de la experiencia democrática que la coalición gubernamental en cuestión es capaz de proporcionar. La posibilidad de una socialdemocracia más radical se apoya en buena medida en la capacidad de lograr una evolución concertada de lo que ella misma representa, todo esto sobre la base de esas dos anclas que son el contenido socioeconómico programático y la experiencia desarrolladora de una mayor capacitación democrática. A punto de cerrarse el ciclo 2015-2019, podemos afirmar que la reversión del programa de austeridad impuesto en Portugal durante la etapa 2011-2015 está prácticamente completa. No faltaron en un primer momento los que pensaban que tal reversión no iría más allá del plano meramente presupuestario, o que acabaría generando consecuencias dramáticas, lo que echaría a perder todos los sacrificios que se le habían exigido anteriormente a la población. Nuevos sacrificios, aún más violentos, acabarían imponiéndose en un próximo horizonte a fin de evitar –opinaban muchos– que el país se volviera inviable. Pero estaban equivocados. Ya que en efecto la economía se revitalizó y el déficit tocó pisos históricos, cosas que –bien puede sostenerse– ocurrieron en virtud del fin de la austeridad y la recomposición de los ingresos familiares, como también de una política redistributiva más justa. La alta carga fiscal, que suscitó protestas desde la derecha, fue un factor que ayudó fuertemente a tal fin. Por otro lado, tanto el aumento sostenido del salario mínimo como la política de abaratamiento del transporte público en las áreas metropolitanas beneficiaron a un porcentaje muy significativo de la población. Eran medidas que, en cierto sentido, iban en contra de la raíz misma de la austeridad: en vez de reducir la esfera de acción del gobierno, la amplificaban.

La política de confianza que permite avanzar hacia un estadio más radical de socialdemocracia pasa justamente por lograr que la población esté dispuesta a pagar más impuestos, ello bajo un principio de progresividad racional, con la certeza de que ese tributo será utilizado en favor del bienestar social. Pero un programa socialdemócrata más radical no puede restringirse al robustecimiento de las políticas de distribución de la renta. Requiere también una política de inversión, hasta hoy francamente

modesta, en vistas a la construcción de una sociedad más próspera. Los criterios para una política de inversión satisfactoria no se limitan sin embargo a su dimensión cuantitativa, esto es, a un forzoso crecimiento de la recaudación fiscal, sino que implican la elección cualitativa de una perspectiva sobre el tipo de inversión a promover. En lugar de una perspectiva mayormente centrada en la exploración de las distintas oportunidades de retorno pero esencialmente neutra en cuanto a su impacto, hace falta una perspectiva de inversión social sustentable, con una proyección de las necesidades y posibilidades económicas a mediano y largo plazo. Modificar la perspectiva en ese sentido, privilegiando la sustentabilidad duradera antes que la oportunidad momentánea, debe ser el criterio a la hora de diseñar, por ejemplo, un plan energético nacional de cara a la consolidación de fuentes energéticas renovables, aun cuando haya inversiones extractivistas que generen un retorno más amplio e inmediato. Lo mismo vale para la búsqueda de condiciones efectivas de combate a la desigualdad territorial, ya sea en lo tocante al diseño concreto, infraestructural, como a la creación de instrumentos de capacitación local en una economía que busca ser cada vez más autónoma. El cambio hacia un paradigma de sustentabilidad no puede, asimismo, dar la espalda a los problemas sociales más urgentes que hoy afectan a la población. La pedagogía de la sustentabilidad debe iniciarse desmontando ese antagonismo entre la gravedad de los riesgos futuros y los riesgos actuales. Llevada a sus últimas consecuencias, una política de sustentabilidad es ambiental, de recursos, ecológica, pero debe manifestar también un significado social y económico. Comprender la economía y la sociedad a la luz de un paradigma de sustentabilidad consiste, muy especialmente, en viabilizar políticas de creación de empleo y protección social que desmantelen la permisividad para con el empleo precario y la consecuente vulnerabilidad social. Los empleos sustentables, así como las políticas de movilidad y de vivienda sustentables, deben pensarse dentro de un conjunto de condiciones que pongan una barrera al extractivismo en el ámbito del trabajo, la vivienda y las distintas dimensiones sociales, atendiendo a los recursos naturales y al equilibrio ecológico. Es decir, hace falta encuadrar dentro de los objetivos estratégicos más amplios de la sustentabilidad ambiental y ecológica un conjunto de políticas que apunten a reducir de manera urgente y efectiva las desigualdades socioeconómicas y territoriales. Las políticas de justicia social deben articularse con políticas de justicia espacial y ambiental en las diversas escalas temporales e institucionales de actuación y gobierno.

Reforzar tales presiones desde la preocupación por asegurar un horizonte programático amplio incluye, a su vez, la necesidad de detectar y desarticular los distintos riesgos asociados al ejercicio de la política, al frente de los cuales cuenta el problema –que la izquierda debe combatir sin demora– de los discursos y las prácticas contaminadas por un enfoque tecnocrático excesivamente anclado en las preocupaciones de la agenda diaria y en la generación de propuestas formales desligadas de una perspectiva sistémica a largo plazo. Por eso, un segundo ciclo de gobierno protagonizado por la izquierda debe apuntar a un horizonte

temporal que rompa decisivamente con la pequeña política dominada por lo inmediato o lo cuasi instantáneo. La mejor manera de oponer resistencia a la tecnocracia es tener como horizonte para la acción política un proyecto delineado pensando en el futuro del país y la sociedad.

El riesgo de «tecnocratización» de la política⁸ surge también de la adhesión cuasi acrítica a los rígidos esquemas que guían la política económica y monetaria de la ue y de distintos organismos internacionales (fmi , Banco Mundial). A modo de ejemplo, obstinarse en la búsqueda de un déficit cero como objetivo económico primordial representa no solo la adhesión a un dogma de corte neoliberal, sino la eventual puesta en riesgo de la necesidad de implementar una verdadera política estructural basada en la inversión social y económica. Respecto de esto, es importante que los partidos situados en la centroizquierda (partidos de tipo socialdemócrata o laborista) reflexionen sobre las consecuencias políticas y sociales que surgen de mantener como requisito para su desempeño legislativo una serie de nociones preelaboradas importadas del campo de la derecha liberal. Hace falta dismantelar de una buena vez esa colonización perversa de ideas que buscan peligrosamente modelizar y uniformizar el discurso y la práctica política. La socialdemocracia debe ser capaz de construir un programa de acción política y una narrativa que compitan abierta y frontalmente con la retórica de la inevitabilidad de la economía de mercado y sus leyes supuestamente intrínsecas e incuestionables⁹.

Una socialdemocracia avanzada

Como hemos dicho, el primer ciclo de gobierno de la llamada «jerigonza» se caracterizó por su superación del programa de austeridad; el siguiente ciclo, en cambio, deberá signarse por la implementación de una socialdemocracia avanzada en un contexto de pluralismo, preservando e incluso naturalizando esa solución aparentemente inestable que es la «jerigonza» en sí, aunque no en el sentido de una perpetuación en los términos de una fuerza o una alianza de fuerzas partidarias, sino de un proceso renovable y hasta refundable sobre la base de una nueva generación de acuerdos, entendimientos y compromisos. Cristalizarse en los lazos ya logrados al dar apoyo a la formación del gobierno minoritario significaría, además de poner en riesgo la personalidad política de cada una de las partes, el riesgo de que se disperse y hasta se disuelva la objetividad programática sobre la que se funda, como su justificación, todo acuerdo en función de determinados compromisos a alcanzar. Una cristalización de ese tipo tendería, asimismo, a eliminar la fragilidad intrínseca de esta clase de solución gubernamental, una fragilidad que, lejos de ser un defecto, es más bien una virtud, en la medida en que, si alcanza a desplegar un funcionamiento estable, hace que se incremente el nivel de respuesta y de rendición de cuentas por parte del gobierno. Dos aspectos son valiosos en un contexto a menudo denominado de «posdemocracia»¹⁰. El primero de ellos tiene que ver con que el acuerdo pluripartidario se funde en objetivos y metas concretas, con un programa

que interseque los distintos programas puntuales e invierta la sensación de que los partidos políticos se sienten poco o nada obligados a adecuarse al programa electoral en virtud del cual fueron elegidos. En acuerdos como el de la «jerigonza» portuguesa, la presión que ejercen los partidos no mandantes dentro de la coalición es más firme y exigente que si viniese de la oposición al gobierno. El eventual fracaso del programa es también responsabilidad de ellos, por lo que exigen y disponen sus facultades y condiciones políticas para que tal cosa no ocurra. El segundo aspecto, que se traduce en una mejor rendición de cuentas y capacidad de respuesta, le garantiza al gobierno una vida democrática más prolija y con menos motivos de insatisfacción. La voz de los ciudadanos es tenida en cuenta no solo de cara a las elecciones; las promesas electorales se cumplen. Tal es la respuesta ante una crisis de la democracia indisociable de la creciente percepción de que el espacio de elección política es cada vez más reducido, o ante la sensación cada vez más fuerte de que «no hay alternativa».

Subrayar estas cuestiones gana una mayor relevancia en la medida en que una respuesta de este tipo a la crisis de la democracia abre el camino a una solución claramente distinta de esa otra que suele hacerse sentir en la actualidad: la de los movimientos populistas. Estos también ofrecen su respuesta a la crisis democrática y a la impotencia de la voluntad popular, y lo hacen planteando escenarios inevitables, confiando en liderazgos carismáticos antisistema y avanzando en el diseño de programas políticos nacionalistas de fronteras cerradas y de exclusión, cuando no de persecución. Tal tendencia populista debe ser leída dentro de una tendencia más amplia a la ruptura del nexo solidario entre democracia y liberalismo que desde la década de 1990 viene ahondándose a escala global¹¹. El populismo parece lograr, en cierto modo, que estas converjan con la tendencia global a las denominadas democracias iliberales. Obviamente, existe otro populismo, de carácter emancipatorio, que a la vez responde a la crisis de la democracia y a la reacción populista dominante por medio de una semántica diametralmente opuesta a la de esta última. En vez de exclusión y de particularismo nacional, ese otro populismo promueve la inclusión sobre la base de los valores del universalismo¹². Pese a ello, una sintaxis común comunica a esos liderazgos exageradamente carismáticos: la progresiva conformación al sistema o la degeneración autoritaria de líderes que se eternizan en el poder. Si lo primero acaba no produciendo ruptura alguna con la crisis de la democracia –siendo más un simulacro que una transformación real–, lo segundo acaba volviéndose disruptivo, sobre todo para el pueblo que lo apoyó, y de ese modo se vuelve también antidemocrático. El modelo político-partidario de la «jerigonza», fuertemente anclado en la objetividad de un compromiso programático común, es, por el contrario, un modelo escasamente apoyado en la construcción de liderazgos carismáticos. Ninguno de los tres líderes partidarios de la coalición se caracteriza por su carisma. Ninguno de ellos fuerza una identificación entre su persona y su función y se muestran más bien como personas al servicio de ella. Un cuadro como este propone una distancia frente a los riesgos más conocidos del populismo de izquierda, aunque añade otros, como el de la

transformación del sujeto político en centro y poder administrativo, con todos los problemas ligados al control político democrático de la administración de tal poder, a los distintos modos de distribución y a la justa oportunidad de que en ese poder participen las ciudadanas y los ciudadanos más allá de sus fidelidades partidarias.

A la luz de este escenario, un nuevo ciclo debe significar la continuidad del robustecimiento de la democracia. Si en 2015 se logró un avance en términos de democracia representativa, en tanto el arco de gobierno se extendió a todo el campo de la izquierda (más allá de los partidos tradicionales), en 2019 debe darse un avance en términos de democracia participativa en el sentido de una ampliación de los espacios de negociación política y programática en la esfera pública y de los diversos movimientos sociales y actores colectivos implicados (sean más o menos tradicionales, o más o menos orgánicos).

Robustecer la democracia significa, por ejemplo, acondicionar la pluralidad de ideas y de debate sobre la base de alternativas y propuestas divergentes. Es decir, la convergencia partidaria de izquierda debe crear las condiciones para que la divergencia política dentro del campo progresista se exprese en un espacio más amplio, capaz de involucrar a personas y grupos externos a esos mismos partidos. Sin la inclusión de la sociedad civil, los partidos que conforman la «jerigonza» correrán el serio riesgo de enquistarse en sí mismos, en una trama de relaciones de poder meramente institucionales, ritualizadas y separadas del mundo, la vida y la polis. En el fondo, es la misma democracia interna de esos partidos la que requiere más profundidad y dinamismo. En definitiva, una «jerigonza 2.0» capaz de superar la geometría del acuerdo estrictamente pluripartidario y que, por vía de convenciones abiertas u otros procedimientos afines, logre incluir en su compromiso, de igual a igual, la voz de distintas asociaciones y cooperativas cívicas formalizadas, de distintos grupos no formalizados de ciudadanos reunidos en torno de objetivos políticos, como también de ciudadanos expresándose a título individual, contribuiría a un mejor equilibrio entre las dimensiones participativas y representativas y apuntalaría el sentido democrático de la socialdemocracia. Una respuesta así, capaz de integrar en la lógica del acuerdo pluripartidario una dimensión participativa más cercana a la agenda del populismo emancipatorio, puede acabar garantizando, por lo demás, el punto de equilibrio que mantenga a raya los riesgos característicos de cada una de esas dos lógicas políticas por separado.

La «jerigonza» y las múltiples escalas de acción política

Si se considera el cuadro general, la experiencia de gobierno que se popularizó con el apodo de «jerigonza» cobra una relevancia adicional en el marco del delicado debate sobre el destino de la ue . La sorpresa del éxito del actual gobierno portugués significó un alivio en el continente en tanto se encaramó como el ejemplo de que es viable una alternativa frente a las políticas de austeridad. En cierto modo, Portugal logró alejarse del precipicio rearticulando valores de cohesión social que estaban en el

origen del proyecto europeo. Tal vez sea esto lo que explica, al menos parcialmente, la designación de un ministro de Economía y Finanzas portugués, Mário Centeno, al frente del Eurogrupo. De cualquier modo, y aunque se logró ese alivio luego de la presión que amenazaba la integridad de la ue , para pasar del alivio al cambio de paradigma aún falta recorrer un trecho enorme.

El futuro de las democracias liberales europeas depende en buena medida de la continuidad del proyecto de la ue y de la capacidad de este bloque de Estados de romper con el ciclo de resentimiento político que crece y se nutre de los efectos socialmente devastadores de las políticas neoliberales amparadas por la Unión. En un mundo cada vez más conectado, el desmembramiento del proyecto europeo en nacionalismos y populismos significaría la capitulación global ante el orden de las democracias iliberales, que no son sino una etapa intermedia hacia la cancelación de la vida democrática y de las garantías que hacen posible la democracia, comenzando por los derechos humanos. Pero a su vez, y más que depender de las decisiones conjuntas dentro del bloque, el futuro de la ue se juega en cada una de las democracias nacionales que la conforman. La construcción de una socialdemocracia radical deberá cimentarse en la lucha y en el intenso debate político emanado de las esferas públicas nacionales y forjar así raíces sólidas para la congregación de dinámicas y movimientos sociales y colectivos más amplios e influyentes en el ámbito internacional.

NOTAS

1 Se trata de un frente entre la Unión Democrática Popular (UDP), de origen proalbanés pero luego embarcada en un marxismo más abierto, el Partido Socialista Revolucionario (PSR, trotskista) y Política XXI, un desprendimiento del PCP. A escala europea, el Bloque de Izquierda forma parte del grupo Izquierda Unitaria.

2. Este artículo retoma el análisis realizado en R.M. do Carmo y A. Barata: «The ‘Contraption’ and the Future of Social Democracy: The Government Experiment in Portugal» en Open Democracy, 1/5/2017.

3. Carlos Farinha Rodrigues (coord.), Rita Figueiras y Vítor Junqueiras: Desigualdade do rendimento e pobreza em Portugal, FFMS, Lisboa, 2016.

4. Jorge Caleiras y José Castro Caldas: «Emprego e desemprego: o que mostram e o que escondem as estatísticas?» en Manuel Carvalho da Silva, Pedro Hespanha y José Castro Caldas (coords.): Trabalho e políticas de emprego: um retrocesso evitável, Actual, Coimbra, 2017; Frederico Cantante y R.M. do Carmo: «Emprego e desemprego em Portugal: tendências recentes e perfis» en R.M. do Carmo, João Sebastião, Joana Azevedo, Susana da Cruz Martins y António Firmino da

Costa (eds.): Desigualdades sociais: Portugal e a Europa, Mundos Sociais, Lisboa, 2018.

5. Rui Pena Pires, Inês Vidigal, Cláudia Pereira, Joana Azevedo y Carlota Moura Veiga: Portuguese Emigration Factbook 2015, Observatório da Emigração / CIES-IUL / ISCTE-IUL, Lisboa, 2015.

6. Término inicialmente peyorativo utilizado para definir a la alianza como un «engendro», pero luego apropiado por el gobierno [n. del e.].

7. «Social Democracy is Floundering Everywhere in Europe, Except Portugal» en The Economist, 14/4/2018.

8. Sheri Berman: «Against the Technocrats» en Dissent, invierno de 2018.

9. Karl Polanyi: La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo [1944], FCE, Ciudad de México, 2017.

10. Colin Crouch: Posdemocracia, Taurus, Madrid, 2004.

11. Fareed Zakaria: «The Rise of Illiberal Democracy» en Foreign Affairs vol. 76 No 6, 11-12/1997.

12. Ernesto Laclau: La razón populista, FCE, Buenos Aires, 2005.